



El proyecto universitario del rector Jaime Benítez y el pensamiento de Ortega y Gasset

Iris M. Zavala

*Siempre que enseñes,
enseña a dudar de lo que enseñes.*
Ortega

A nadie que haya pasado por la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, le es desconocida la admiración de Benítez por el filósofo español José Ortega y Gasset, maestro de maestros. Benítez ha sido educador, abogado, orador, ensayista, político, rector y primer presidente de la Universidad de Puerto Rico, Comisionado Residente de Puerto Rico en Washington. Miembro de la Convención Constituyente, y de las Academias Puertorriqueñas de la Lengua, y de las Artes y Ciencias. Miembro fundador de la Asociación de Universidades del Caribe (UNICA), la International Association of University Presidents, y la National Association of Latino Elected Officials (NALEO). Y sabido es que su vínculo con la Universidad de Puerto Rico se inicia en 1931, cuando recibe un nombramiento de instructor para sustituir por un año a Santos P. Amadeo en el Departamento de Ciencias Sociales. Diez años más tarde, todavía era instructor, pero había descollado tanto que en 1942, a los 34 años, fue nombrado rector de la Universidad. Entonces la UPR contaba apenas con 5,000 estudiantes y 300 profesores.

No puedo dejar pasar una fuerte confrontación entre estudiantes y Benítez. En diciembre de 1947 la paz conformista de la Universidad de Puerto Rico fue interrumpida por un grupo de atrevidos jóvenes que tuvieron la osadía de invitar a don Pedro Albizu Campos a dar una charla en el campus. Albizu, quien estaba por regresar a Puerto Rico

tras una larga condena carcelaria en Estados Unidos, era visto como el mismísimo diablo por la administración universitaria. El acto interfería con la idea de hacer de la UPR una “casa de estudios”, y prohibió el acto. Los jóvenes independentistas fueron de todos modos a darle la bienvenida al patriota. Pero antes de partir del recinto universitario, izaron la bandera puertorriqueña, prácticamente proscrita, y cantaron “La Borinqueña”. En esos años, ambos actos eran motivo más que suficiente para entrar en la lista de “subversivos terroristas” del gobierno colonial. Por su insolencia contra las autoridades coloniales, los estudiantes fueron expulsados. Fue este acto de represión el que llevó a la huelga estudiantil de 1948. Carmelo Ruiz Marrero ofrece datos importantes en su Biografía de Juan Mari Bras.

Prosigo. Yo entré a la universidad en 1952, año fundamental en la historia del país. En ese momento se estaba proyectando convertir a la UPR en una importante universidad de América consolidada con nuevos planes de estudio, y con la invitación que le hizo Benítez a los exiliados republicanos españoles y de otros países: Risieri Frondizi de la Argentina, Ludwig Schayowicz de Viena, Miguel Ferdinandy de Hungría, William Sinz y James MacWilliams, estadounidenses... entre muchos otros. Solo aludo a los que fueron mis profesores, los que me encendieron la lucécita del saber a mis quince o dieciséis años. Compartí cursos y entusiasmos con Celeste Benítez, una de mis grandes compañeras de entonces. Llegué en el momento de expansión y creación de la UPR como centro del saber, que sin duda se le debe a este inteligente intelectual, y a su ambicioso proyecto de reforma universitaria, inspirado en La Misión de la Universidad (1930) de su maestro, José Ortega y Gasset, y en la gestión de Robert Maynard Hutchins, presidente de la Universidad de Chicago. Aclaro. Después de la vuelta de Ortega de Leipzig, Berlín y Marburgo, donde el profesorado alemán, como el neokantiano Hermann Cohen lo impresionaron mucho por sus nuevas ideas sobre la enseñanza, José Ortega y Gasset emprendió

una extensa misión pedagógica que afectó no solo a su patria, sino también a todo el mundo de habla española. Benítez, su gran admirador, articuló su desarrollo de la universidad desde los supuestos del Partido Popular Democrático que presidía Luis Muñoz Marín, y pretendía la capacitación académica y profesional de los sectores excluidos hasta entonces. Establece así un innovador sistema de becas para los jóvenes con talento, pero pobres creando programas, facultades y escuelas en diversas ramas de las ciencias sociales, la administración pública, las ciencias naturales, la salud, la ingeniería, etc. Surgen y crecen las Escuelas de Medicina, Odontología, Planificación, Administración Pública, Arquitectura, el Instituto de Estudios del Caribe, y diversos programas de estudios graduados de la UPR.

Pero sin duda su mejor legado fue traer a la Universidad los mayores talentos de Puerto Rico y del exterior para enriquecer los claustros universitarios. Benítez fomenta las artes abriendo la Universidad de Puerto Rico a la ópera, el teatro, el Festival Casals, a las colecciones de gráfica del Museo de Arte Moderno, a los diseños arquitectónicos de Henry Klumb, al genio muralista de Rufino Tamayo. Nombra poetas, escritores o artistas residentes de la UPR como Juan Ramón Jiménez (todavía subsiste la Sala Zenobia y Juan Ramón con manuscritos, cartas...) y en la UPR ofreció Juan Ramón su gran curso sobre el modernismo, donde dice: “El modernismo era el encuentro de nuevo con la belleza, sepultada durante el siglo XIX por un tono general de poesía burguesa”. También Pedro Salinas dictó allí el suyo sobre “98 y modernismo”. Además del poeta de Moguer, también gozaron de estos nombramientos los escritores y pintores Luis Palés Matos, Evaristo Ribera Chevremont, Francisco Matos Paoli, Jorge Mañach, Juan Bosch, Julio Rosado del Valle y Francisco Rodón. Benítez inicia la red de colegios regionales de la UPR fundando los colegios de Humacao, Cayey, Arecibo y Ponce en la década de los sesenta. Cabe destacar que, además, Zenobia Camprubí y Juan Ramón también se

asentaron en nuestra Universidad en 1951, después de haber visitado la Argentina en 1949. Luego de una corta temporada en Puerto Rico, en las Navidades de 1950, deciden permanecer en la Isla. Toda esta gran obra lleva a que finalmente se nombra a Jaime Benítez presidente de la Universidad, puesto que ocupó hasta 1971.

En 1953 fundó y dirigió con Francisco Ayala la revista La Torre, que continúa saliendo. Benítez formó parte de la Asamblea Constituyente, encargada de la redacción de la Constitución del Estado Libre Asociado de Puerto Rico. Digamos que estos son los datos más conocidos. Lo más importante, y lo que quiero destacar es, sin duda, que su proyecto de reforma universitaria estaba inspirado en Misión de la Universidad de su maestro José Ortega y Gasset. Lo que quiero subrayar es su admiración y respeto por el filósofo español, véase en particular su estudio Political and Philosophical Theories of José Ortega y Gasset y las obras La reforma universitaria, Ética y estilo de la Universidad y La universidad del futuro. Educación y democracia en Puerto Rico (1947); La escuela y los problemas económicos (1947); Apuntes para una ética del maestro (1948); Signo y misión de nuestra universidad (1954); Junto a la Torre: Jornadas de programa universitario (1942-62); La casa de estudios sobre la libertad y el orden en la UPR (1963) y Sobre el futuro cultural y político de Puerto Rico (1966), que revelan la deuda con Ortega. Benítez recibió varios doctorados Honoris Causa en Derecho por las siguientes universidades: Universidad Interamericana de Puerto Rico en San Germán (1950), Universidad de Nueva York (1960), Universidad de Fairleigh Dickinson (1961) y la Universidad Católica de Puerto Rico (1965).

De estudiante, lo veía pasar muchas veces por la Torre (donde estaba su despacho), o caminando por los jardines de la Universidad, o sencillamente en su residencia, que estaba también en los jardines. Años después sería invitada por don Jaime (como lo llamábamos), a un cóctel en su casa en honor al hispanista don Joaquín Casaldueiro.

He subrayado la deuda de Benítez con Ortega, y en las ideas del filósofo español está concebida la facultad de Estudios Generales, todavía vigente. Pero Benítez nunca consiguió que su admirado Ortega fuera a Puerto Rico, aunque se vieron en Norteamérica, según cuenta José Ortega Spottorno –hijo de Ortega– en El País (08/06/2001). En su artículo necrológico reproduce unas palabras de Benítez pronunciadas en un homenaje a Ortega en Río Piedras, el 6 de diciembre de 1955, dos meses después de su muerte:

Conocí a don José Ortega y Gasset en un pintoresco y deshabitado pueblecito del lejano oeste de Estados Unidos [...]. Bajo la inspiración de Robert Hutchins y el patronato de la Fundación Ford se celebró en Aspen, Colorado, en junio de 1949, el primer centenario de la muerte de Goethe, con el concurso de gran parte de la intelectualidad de Norteamérica y la participación destacada de Albert Schweitzer y José Ortega y Gasset. Era su primer y único viaje a Estados Unidos. Por mi parte, iba exclusivamente a verle cara a cara. Entre los vivos, era la persona a quien más debía intelectualmente, y le guardaba esa gratitud especial que sienten los discípulos por sus grandes maestros [...].

Concurría a Aspen, en el verano de 1949, con gran expectación y alguna angustia. ¿Cómo resultaría todo aquello [...]? Pero el encuentro fue feliz, cordial y sin tropiezos. Ortega estuvo sumamente generoso, y él, Emilio Belaval y yo trabamos gran amistad. La conferencia nos preocupaba a todos: bajo una carpa de lona, ante cinco mil espectadores, de los cuales no más de

diez hablaban español, y luego de unas palabras de Hutchins, Ortega se adelantó al proscenio. Nunca he visto un público atender mejor a orador alguno que el que escuchó, sin entender lo que decía, la voz acompañada y limpia del filósofo español. La traducción —párrafo a párrafo— de Thorton Wilder fue excelente, obligando al auditorio casi a pensar en español.

[...] Dejamos concertado un próximo viaje a Puerto Rico fijando plazo y tema. Fue posponiéndose por diversos motivos. La Fundación Ford también le apremiaba para que regresara en viaje más extenso a Estados Unidos. Interesaban nombrarle consultor general [...]. Pero Ortega no contestaba cartas. Ya la muerte le rondaba [...]. Al enterarme de su gravedad, quise ir a Madrid [...]. El día que iba a ser de mi partida llegó el cable de su muerte.

Ortega nunca llegó a visitar Puerto Rico, pero sí su gran discípulo Julián Marías, quien a partir de 1951 continuó la obra de su maestro, y solía visitar la UPR una vez al año para dar un seminario o cursillo, a uno de los cuales tuve el gusto de asistir por los años 1954 o 1955. Solíamos llamar a ese mes, El mes de Marías... Inspiración de Ortega a su vez fue el Departamento de Humanidades, que dirigió el exiliado don Sebastián González Martínez, y en el que participé como estudiante. Ya he escrito en varias ocasiones que esa fue la Edad Dorada de la Universidad, con un elenco de profesores extranjeros y autóctonos que formaron generaciones de jóvenes estudiosos.

Quiero subrayar, ante todo, la idea de Ortega sobre la labor de la universidad en la sociedad que tanto influyó en el rector puertorriqueño. Para Ortega la función primera y central de la universidad es la enseñanza de cinco grandes disciplinas culturales:

1. Física - Imagen física del mundo.
2. Biología - Los temas fundamentales de la vida orgánica.
3. Historia - El proceso histórico de la especie humana.
4. Sociología - La estructura y funcionamiento de la vida social.
5. Filosofía - El plano del Universo.

La meta de Ortega es humanizar al científico y a la vez separar profesión y ciencia, es decir, separar la enseñanza profesional y la investigación científica. Sostiene que la universidad tiene que enseñar, transmitir, inyectar y digerir lo que produce la ciencia. Estrechamente relacionada con estas cinco disciplinas culturales tenemos la idea orteguiana acerca del desarrollo de lo que se llama su “Facultad” de Cultura que, según Ortega, tiene que ser el núcleo de la universidad. El trozo que sigue demuestra cómo relaciona la primera de las disciplinas ya citadas, así como su talento integrador:

Cada una lleva dos nombres. Por ejemplo, se dice “Imagen física del mundo” (Física). Con esta dualidad en la denominación se quiere sugerir la diferencia que hay entre una disciplina cultural, esto es, vital, y la ciencia correspondiente de que aquella se nutre. En la “Facultad” de Cultura no se explicará Física según esta se presenta a quien va a ser de por vida un investigador fisicomatemático.

La física de cultura es la rigurosa síntesis ideológica de la figura y funcionamiento del cosmos material, según éstas resultan de la investigación física hecha hasta el día. Además, esa disciplina expondrá en qué consiste el modo de conocimiento que emplea el físico para llegar a su portentosa construcción, lo cual obliga a aclarar

y analizar los principios de la Física y a escorzar breve, pero muy estrictamente, su evolución histórica. Esto último permitirá al estudiante darse clara cuenta de lo que era el “mundo” hacia el cual vivía el hombre de ayer y anteayer, o de hace mil años, y, por contraste, cobrar conciencia plena de la peculiaridad de nuestro “mundo” actual, escribe Robert Corrigan. (www.filosofia.org/ave/001/a064.htm)

Hasta aquí el proyecto educativo de Ortega.

Barcelona, 2008

Esta síntesis orteguiana nos permite percibir que la Universidad de Puerto Rico se instituyó con las ideas directrices de lo que hubiera sido la universidad en la II República en España; República, que como ya se ha advertido en numerosas ocasiones, le otorgó un valor considerable al saber, a la apuesta por el saber como base de la democracia, al mismo tiempo que defendió la autonomía universitaria. Este es justamente el punto de diferencia entre Ortega y Benítez.

A mí me hace pensar que esa Edad de Oro que viví en la Universidad de Puerto Rico tiene una gran afinidad con esos vastos proyectos de los liberales republicanos, que Jaime Benítez supo adaptar para un nuevo proyecto de futuro. Ojalá y algo de este propósito siga aún vigente, en particular esa Facultad de Cultura, tan necesaria en la época de la globalización más orientada hacia el tener que hacia el saber. Con estos ideales y aspiraciones, mi generación está en deuda, viví y me inicié en el saber en una universidad que surgía para dar respuesta a los nuevos retos.

No puedo dejar de lado que Heidegger planteara pocos años después de Ortega, que el compromiso político fácticamente asumido por los filósofos plantea la cuestión de saber de qué manera la filosofía tiene que relacionarse con la política si desea asumirla razonablemente. Este fue el propósito de sus Escritos

